

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

cuyos primeros números publicados:

**La que se hizo amar**

de **Marcelo Priollet**,

**NADA SE BORRA**

de **Max Dervieux**, y

**LA ESPOSA Y LA AMIGA**

de **José Baeza Valero**, obtuvieron un éxito enorme.

El cuarto volumen, que aparecerá mañana, se titula

**EL HOMBRE QUE NO SERVÍA PARA NADA**

novela original e inédita de un pulcro escritor español que se esconde bajo el seudónimo de **Jorge Clary**.

**Biblioteca "Nuestro Corazón"**

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y su precio es el de **UNA PESETA**

J. HARTA. IMPRESOR

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 318

25 CTS.



LA  
**HIEDRA**

POR

LEATRICE JOY  
**FilmoTeca**  
de Catalunya

SLOANE, Paul

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12  
Administración | Teléfono, 4423 A

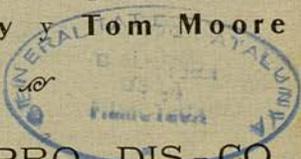
Año VI BARCELONA N.º 318

(The clinging vine, 1926)

LA HIEDRA

Finísima novela cinematográfica,  
interpretada por

Leatrice Joy y Tom Moore



Selección PRO-DIS-CO

EXCLUSIVA DE

JULIO-CÉSAR, S. A.

Calle Aragón, 316

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal fotografía de  
ANTONIO CUMELLAS

Eino. 25-1-28 Royalty



# LA HIEDRA

## Argumento de la película

¡Ring! ¡Ring! ¡Ring!

¿Qué pasa? ¿Dónde está el fuego?

Nada de eso.

Estamos en el despacho de la secretaria del Presidente de la poderosa entidad comercial T. M. Bancroff y Compañía, fabricantes de tintes y pinturas.

Hemos dicho "secretaria" en honor a la verdad; pero en apariencia la aludida era "secretario", por su indumento y sus maneras bruscas, muy propias de un empleado atareadísimo, sobre el que descansa la organización formidable de una gran casa de comercio.

Era la hora de la distribución del trabajo del día, y en derredor de la mesa de trabajo de la secretaria se reunían los jefes de las

distintas secciones de que se componía la Sociedad.

Aquella mujer, joven y no muy fuerte, era el alma de la casa, y por la rapidez que ponía en todas sus cosas, con un conocimiento tan perfecto de todos los asuntos que era raro que le fallase algún detalle, se dió en llamarla por sus iniciales únicamente, y éstas eran A. B.

Mientras A. B. cumplía su complicada obligación, pareciendo imposible que una cabecita de mujer pudiera sostener tanto peso, en el salón de juntas el viejo T. M. Bancroff, Presidente de la Compañía, se hallaba entregado, prescindiendo de la presencia de los Consejeros y demás miembros, a su pasión favorita, el golf, convirtiendo en campo, cuando se le antojaba jugar, cualquier habitación.

El Consejo de Administración se había reunido para tratar de asuntos de sumia importancia, pero al señor Bancroff no le interesaba nada tanto, principalmente en aquel preciso momento, como el golf; y era inútil que el Vicepresidente de la Compañía, doctor Tutweiler, a quien llamaban Tut, también para abreviar, solterón... porque no había encontrado siquiera una mujer — y eso que no hubiera sido exigente — que se hubiese enamorado de su cara de simio, tratase de atraer la atención del Presidente hacia el asunto de mayor importancia que era urgente resolver: la adquisición de ciertos terrenos que producían la "esmeraldita", materia colorante de gran valor.

Sin embargo, como la cuestión no admitía largas, Tut insistió, enojando al señor Bancroff, quien, acaso por su edad y sus millones, empezaba a considerar los negocios con cierta indiferencia o inconsciencia.



*Aquella mujer, joven y no muy fuerte, era el alma de la casa...*

En vista de que no había modo de arrancar al Presidente a su manía del golf, Tut, recurriendo a los grandes extremos, dijo a sus compañeros del Consejo:

—Para resolver esto es necesario llamar a la señorita A. B.

Descolgó el teléfono interior y habló con

la secretaria, dejando luego descolgado el auricular al ver que el señor Bancroff le miraba con severidad y le decía que no quería invertir un solo céntimo en el negocio que le proponía el resto del Consejo.

A. B. no se hizo esperar en el salón de juntas, acudiendo al llamamiento de Tut, quien, por signos más que con palabras, la puso al corriente de lo que se trataba, ampliando su breve conferencia por teléfono.

Entonces A. B., acercándose al señor Bancroff, escribió la palabra "Sí" en uno de los puños de su camisa de hombre, pues vestía casi como un varón, para inspirar más respeto a sus subalternos, que no eran pocos, como sabemos, y el Presidente, cambiando de repente de opinión, dijo, sin dejar de jugar al golf:

—Eso es. Como he dicho antes, señores, ya que estamos comprando "esmeraldita", la acapararemos toda.

Los miembros del Consejo se miraron unos a otros ocultando su gana de reírse del voluble Presidente, satisfechos de la feliz intervención de A. B., que tanta influencia ejercía en él en la parte comercial.

—Señorita A. B., pida usted una opción sobre todas las ofertas de "esmeraldita" — prosiguió el señor Bancroff.

Imperturbable, A. B. respondió:

—Ya la tengo desde hace tres días.

Los esfuerzos de los consejeros para no soltar la risa eran cada vez mayores.

Pero el señor Bancroff, no dándose por vencido, comentó, enfático:

—Perfectamente. Celebro que haya usted hecho lo que yo había pensado.

A. B. hizo un mohín de resignación, basándole cumplir con su obligación fielmente para vivir tranquila, y, a su vez, continuó:

—Por de pronto he teleografiado a la Sucursal de Omaha, para reprender a su nieto, que no se ha ocupado de este importantísimo asunto.

Otro que no hubiera sido el señor Bancroff, hubiese protestado; pero como era él, se limitó a decir:

—Muy bien. Mi nieto no será nunca un hombre activo como yo. No sirve para los negocios.

Y resultó que, queriendo quedar el señor Bancroff en el mejor lugar, se lo cedía, por aquellas palabras, a A. B., que mandaba incluso en la familia haciendo caso omiso de que el reprender a altos empleados no era de su incumbencia, sino del Consejo de Administración.

A. B. reintegróse a su trabajo, en su despacho particular, y en tanto que el señor Bancroff proseguía sus ensayos al golf, Tut decía silenciosamente al resto del Consejo:

—Me asusta pensar qué sería de esta Compañía si la señorita A. B. nos dejara.

El Presidente llegó a oír esta indirecta y contestó rápidamente:

—Para atajar este peligro, debería usted

casarse con ella y la nombraríamos del Consejo de Administración.

Tut se encogió de hombros, interpretando a guasa el consejo del Presidente, pero los consejeros se apresuraron a hacer suya la idea del señor Bancroff, dispuestos todos, sin excepción, a no reparar en medios para no perder nunca a A. B.

—Es verdad, Tut. Usted puede salvarnos de la ruina. Es usted el único soltero.

Tut, más colorado que un pimiento ídem, protestaba... y por pura casualidad A. B. oía perfectamente cuanto se decía en el salón de juntas, pues, como se recordará, Tut dejó su aparato telefónico descolgado y el receptor recogía todas las voces.

Ni que decir tiene que lo que se proponía hacer con ella indignó a la secretaria. ¿La tomaban por una mercancía cualquiera? Y Tut, el feo y endurecido soltero, ¿se atrevería a pedir su mano?

A juzgar por los aspavientos del Vicepresidente, nada tenía que temer A. B.; pero tanto y tanto le suplicaron los consejeros, que Tut, sacrificándose por la prosperidad del negocio, se decidió a enfrentarse con la secretaria... no sin miedo.

Roja de cólera — ¡no había para menos! — A. B. se apartó del aparato y se dispuso a recibir con cajas destempladas al pobre Tut.

Y cuando éste, poco después, muy arregladita la corbata y alisado lo más posible el pelo, se presentaba ante ella, A. B. no le per-

mitió siquiera empezar, lanzándole un furibundo “¡No!” que atragantó a nuestro buen hombre.

¡Caramba! ¿Cómo sabía A. B. lo que iba a decirle? ¿Fenómeno telepático?

—Gracias — murmuró Tut, ahuecando el ala, confuso y dándose a todos los demonios pensando en las bromas que iban a gastar con él los miembros del Consejo de Administración al enterarse de las calabazas que había recibido.

A. B. calmó sus nervios trabajando duro, y al salir a entregar unos documentos a una mecanógrafa que estaba exclusivamente bajo sus órdenes, la sorprendió, con el natural asombro, acariciándose con un empleado, guapo mozo y de risueño porvenir... sobre todo al lado de su amada.

A. B. no sabía si protestar o regresar a su despacho sin hacer el menor ruido, y — ¡mujer al fin! — optó por lo último, pero los palominos la oyeron y se separaron asustados, temiendo un sermón por arrullarse en las oficinas, recinto sagrado del trabajo y no del amor.

Pero la mecanógrafa leyó en los ojos de A. B. quemados por la constante labor cotidiana, la simpatía con que veía aquel amor, y, tranquila, acercándose cariñosamente a ella, le dijo, al tiempo que el “culpable” desaparecía hacia su sección:

—Me voy a casar, señorita... El es pobre,

pero me quiere mucho... Mire usted el anillo que acaba de regalarme.

A. B. contempló la sortija y replicó, con melancolía:

—La envidia, Margarita... Usted será una esposa feliz, en vez de una mujer sin amor, una máquina como yo... Cátese usted pronto...

Su voz se iba apagando, como si sintiera deseos de llorar...

—Y usted, señorita... ¿por qué no se casa?

—¿Yo?... No he pensado nunca en eso, Margarita... ¡Tengo tanto trabajo!

Y desapareció hacia su despacho, para no dar pie, traicionándose a sí misma, a que la mecanógrafa se compadeciera de su... soledad.

\*  
\*\*

La gota que padecía el Presidente era siempre bien recibida por los consejeros, porque daba ocasión de hablar de negocios amablemente invitados en su espléndida casa de campo de Stanford.

Estaba de nuevo sobre el tapete el importante asunto de la “esmeraldita”, sobre el que el señor Bancroff se empeñaba en no decir nada sin la presencia en la casa de campo de su secretaria, a la que fué preciso mandar llamar.

Aquel día, la esposa del Presidente, cuyos años se ocultaban graciosamente tras sus ca-

bellos blancos y su cuerpécito de niña de 18 abriles, gracias a los procedimientos modernos de rejuvenecimiento, recibió un telegrama de su nieto, concebido en los siguientes términos:

*Querida abuelita:*

*Llegaré hoy de Omaha. Ya le explicaré el motivo. Jimmy.*

La honorable señora se preguntaba qué había ocurrido para que su nieto hiciera tal viaje, y, más coqueta que nunca, se compuso como una doncella, para recibirle lo más linda posible.

Jimmy Bancroff no tardó en llegar a la casa de campo, y la abuelita experimentó viva alegría al estrecharle de nuevo entre sus brazos, después de varios años de castigo, por el abuelo, en el Oeste.

—¿Qué sucede, queridito Jimmy, mi niño precioso?

—Una calamidad, abuelita: he sido declarado cesante por esa señorita A. B. que tiene el abuelo al frente de la oficina.

—Si no es más que eso, sube a hablar con el abuelo... El lo arreglará todo.

—Así lo espero, pero el abuelito me va a oír.

—No os pongáis a discutir, Jimmy... Procura reconciliarte de una vez con él.

Jimmy subió a ver a su abuelo, con el que seguían hablando los consejeros de la dicho-

sa "esmeraldita". La abuela iba a acompañarle, pero llamaron a la puerta de la casa y se quedó en el *hall* para ver quién llegaba.

—Buenas tardes, abuelo; buenas tardes señores — saludó Jimmy, un tanto reservado con su abuelo.

—Buenas tardes — contestaron, amablemente, todos los presentes, excepto el señor Bancroff.

La abuelita apareció en aquel momento, con mucha prisa, y se puso de parte de Jimmy.

—Aquí tienes a nuestro niño muy disgustado por esa orden de cesantía que...

—Sí, señora... La señorita A. B. le ha despedido, y bien despedido está.

—Esa señorita acaba de llegar. La he recibido yo... y he subido a anunciártela — dijo a su esposo la abuelita, sin que Jimmy la oyese.

—Sí... Yo la he hecho venir — contestó el Presidente—. Que pase y que ella misma confirme la cesantía de nuestro nieto. ¡No faltaba más!

—Calma, queridito, calma... La señorita A. B. no sabe lo simpático que es nuestro Jimmy.

—Nada, nada... Que Jimmy se las ponga con ella... Yo estoy de acuerdo con lo que hace mi secretaria.

Jimmy explotó.

—Si cree usted que yo voy a ser juguete de esa empleada, se equivoca usted.

—¿Qué forma de hablar es esa?

—Cuando conozca a esa ciruela pasa, le diré algunas cosas...

A. B. — ¡oh coincidencia fatal!—, se hallaba en tal instante cerca de la puerta, pues había quedado a pocos pasos de ella esperando la orden de entrar, que le daría la abuelita, puesto que ésta se había encargado de ir a anunciarla al Presidente.

Dicha puerta, al ser abierta enérgicamente por Jimmy, que estaba fuera de sí, dejó al descubierto a A. B., en parte, no viéndola más que la señora Bancroff.

Júzuese del mal rato que pasaron las dos mujeres: A. B. al oír a Jimmy hablar en forma poco correcta de ella a su abuelo; la abuelita, sufriendo porque no podía hacer callar a su nieto y evitar que A. B. oyese las tonterías que éste decía a propósito de ella.

Muy disgustada, A. B. se hizo conducir a sus habitaciones por una criada, y la señora Bancroff, dispuesta a hacer perdonar al atolondrado Jimmy, fué a verla, a solas, en aquellas.

La encontró dolorida, y, compadeciéndose de ella, sobre todo al considerar las escasas, casi nulas, cualidades femeninas que mostraba la secretaria, le dijo, tratándola como a una antigua amiga:

—Pero ¿ha tomado usted en serio a nuestro pequeño Jimmy?... Si usted le conociera bien... Es un buen muchacho, créame... un poco demasiado acostumbrado a los mimos de la abuelita... ¿Me permite hacerle una pre-

gunta indiscreta?... ¿No ha tenido usted nunca novio?

A. B. torciendo sus labios — al natural, en una mueca que quería ser una sonrisa, una burla de sí misma, respondió:

—¿Puede usted imaginarse a alguien diciéndome tonterías amorosas a mí?

—Ya lo creo. Por de pronto, olvídense de los negocios unos cuantos días, mientras sea usted mi huésped.

—¡Pero, señora, si estoy aquí para negocios nada más!

—Le suplico que no toque usted ningún papelote mientras esté conmigo. Me propongo proporcionarle vacaciones, que mucho se las merece usted. Por de pronto, voy a dar una reunión en la que presentaré a usted algunas personas interesantes, entre ellas un joven muy simpático.

—No se moleste usted... Quisiera pasar inadvertida.

—Vamos, déjese usted guiar por mí. No en vano tengo algunos años más que usted para saber, en materia femenina, algo más que usted. ¿Quiere?

—No sé, señora... no sé... Yo sólo sirvo para trabajar...

—Usted necesita una transformación, y eso corre de mi cuenta. Póngase su mejor vestido.

A. B. sacó de su maleta un traje nuevo sin gracia, sino rígido, y la abuelita, dando saltos como una paloma, buscó en un armario varios vestidos y mostró a A. B. uno pre-

cioso. La secretaria lo contemplaba extasiada, pero, súbitamente triste, murmuró:

—Es un traje magnífico, pero yo no puedo vestirlo.

—¿Por qué no? Se lo va usted a poner enseguidita, hija mía. El hombre quiere belleza, no talento. Su ideal es hallar una mujer hermosa a quien amar, y que sea una hiedra: lo bastante pegajosa para adherirse a él. En resumen, lo que ellos quieren es un vino que se pegue al paladar.

—¿Es posible que los hombres prefieran eso? —respondió A. B. perpleja.

—Sí, hijita, sí... Los hombres andan muchas millas para conseguirlo.

A. B. no perdía una sola palabra de la abuelita consejera, y, poco a poco, la secretaria iba sintiéndose más mujer... más amiga de los hombres...

—Vamos a ver, señorita, atiéndame un poquito más... Le son necesarias algunas lecciones, ya que usted ha vivido en el Limbo hasta ahora. No diga usted a los hombres más que "sí" o "no", pero casi siempre "no". No olvide usted que la mujer que dice a un hombre todas las cosas que sabe, demuestra que sabe pocas cosas. ¿Ve usted? Imagínese usted que yo, ahora, soy una jovencita que quiere enamorar a usted, que, en esta comedieta, representa, por ahora, el papel de hombre. ¿Ve usted cómo la miro? Suponiendo que usted me dice cosas agradables, yo muevo los ojos con alegría y mi cabeza dice "sí" o "no",

según lo que convenga, pero sin otro comentario. ¿Se ha fijado usted bien? Pues, para ensayar mejor la lección, Bautista, cuya oportunidad en llegar ahora nadie pudo prever, representará el papel del hombre al que usted pretende engatusar.

Bautista, que fué llamado a la habitación al verle cruzar un pasillo la señora Bancroff, quedó paralizado de estupor al oír el encargo de la señora.

Por su parte A. B. no salía de su terrible timidez, pero, paulatinamente, a medida que iba viendo que los párpados se acostumbraban al malicioso juego de la abuelita, hizo una creación de su papel de conquistadora, adhiriéndose como lacre al hombro del criado, que pasó un rato satánico o "pedrobotérico", pues estaba hecho una caldera ...

\*\*

Como el hada madrina de la "Cenicienta", el arte de la abuelita convirtió a la señorita A. B. en una princesa encantadora.

En los espléndidos jardines de la casa de campo del señor Bancroff se hallaban reunidos varios invitados de ambos sexos.

Al aparecer A. B. transformada, los hombres acudieron en tropel a saludarla, es decir, para que la abuelita los presentase a tan hermosa criatura, puesto que nadie sospechaba que la bella era la mismísima A. B.

¡Qué oculta había llevado hasta entonces, A. B., su hermosura!

¡Claro, vestida casi como un hombre, y no preocupándose más que de su trabajo, como un negociante *enragé*, no podía atender al cuidado de su gentilísima persona! ¡Caramba, qué hija de Eva acababa de salir al sol!

Los consejeros la reconocieron al cabo de un buen rato, a fuerza de mirarla y remirla, y uno de ellos, resumiendo el asombro de todos sus compañeros, exclamó, como si viera una visión celestial:

—¡Oh, está usted maravillosa!

En efecto, A. B. era una perita en dulce que hacía entrar un apetito insaciable a todos los invitados.

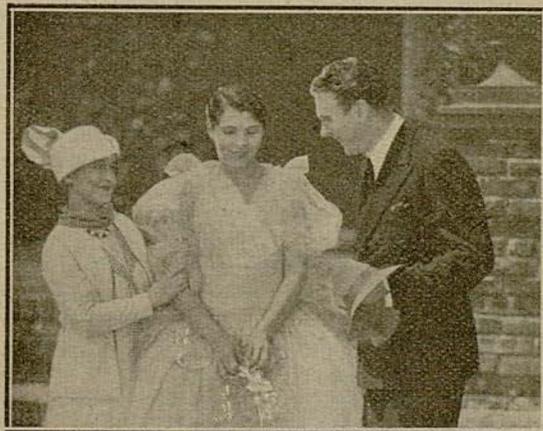
La abuelita no tenía otro propósito, en la transformación tan radical de A. B., que acercarla a Jimmy, recomendándosela como una gran amiga suya, ya que ambos jóvenes no se conocían.

Apartando discretamente a los aduladores, la abuelita llamó a su nieto, que estaba platicando con unas señoras, que no dejaron de sentir cierta envidia al ver la radiante belleza de la desconocida señorita; y cuando le tuvo cerca, le presentó a la secretaria, que recibió, al verle tan... tan joven y simpático, una sorpresa muy agradable.

Jimmy, encantado, a su vez, de conocer a la primorosa amigueta de su abuela, se mostró galante en grado superlativo, dispuesto a no dejarla sola ni un solo momento, pues cria-

turas como aquella no se veían todos los días.

Entre los huéspedes de la abuela había cierto individuo que consideraba los salones como un puesto de caza. Desde luego, al ver a A. B., corrió a su encuentro, y con una *sans-*



*...le presentó a la secretaria...*

*façon* extraordinaria se presentó a sí mismo.

A. B., extrañada de la brusca parición de aquel invitado, temió perder la serenidad y darle un puñetazo, pero acordándose de que era, al menos en aquellos momentos, una señorita distinguida, se resignó y moviendo con sorprendente ligereza los ojos, tendió su ma-

no al salvaje, quien dijo precipitadamente, dándoselas de mundano:

—Yo soy Harvey Doolitte, un bromista conocido en plaza. ¿Dónde ha estado usted durante toda mi vida?

La abuelita intervino, y apartando, casi a la fuerza, a Doolitte de A. B., dejó a ésta con Jimmy, el cual, cada vez más a su gusto junto a la monísima invitada, la invitó a dar un paseo por el jardín.

Ella aceptó y fueron a sentarse en un banco, un tanto alejados de los demás huéspedes.

A. B. no cesaba — exagerando incluso la nota — de mover los ojos, contagiándole a Jimmy esa excentricidad, pero sin lamentarse de ello, sino lleno de satisfacción.

Los dos jóvenes hablaron de... tonterías, como acostumbran las parejas que se ven por primera vez, pero las miradas y los anhelos eran de más en más cariñosos...

Tut andaba loco buscando a A. B. El señor Bancroff la reclamaba a su presencia, y el Vicepresidente no la veía en ninguna parte. De pronto se acercó a Jimmy, no recociendo a la damita que estaba con él, y le preguntó:

—Perdone usted, ¿ha visto a A. B.?

—No, señor, ni quiero verla nunca — respondió con desdén para A. B. Jimmy, mientras la secretaria, ocultándose de las miradas de Tut, bajo el ala de su original sombrero blanco, sonreía.

Tut alejóse, pero tuvo que detenerse ape-

nas anduvo unos pasos, pues sin saber por qué, establecía cierta relación entre la damita que estaba al lado de Jimmy y la señorita A. B.

A. B., ajena a la vigilancia de Tut, dijo a Jimmy, al quedar a solas:

—¿Quién es A. B., esa persona que, al parecer, le disgusta a usted tanto?

—A. B. son las iniciales de la secretaria del abuelo; una señora que debe gastar mirones...

—¡Vaya, vaya!

—Me figuro cómo debe ser: grandes anteojos con armadura de goma; orejas como ventiladores; boca como el Buzón de Correos; un cerebro de diez kilos de peso; en fin, lo contrario a usted, tan encantadora y femenina.

A. B. sonreía para sus adentros, por un lado molesta, pero por otro lado — y era el mejor — inmensamente feliz. ¡Si su corazón no la mentía, Jimmy se le estaba declarando ya! ¡Sí! Y menos mal que el ala o visera de su sombrero la resguardaba de ciertos impulsos del galán... ¡Al pollo le gustaban las fresas, y eso eran los labios de la damita!

De súbito volvió Tut al lado de Jimmy, mas esta vez para dirigir la palabra a A. B., que se apresuró a ocultar su rostro, como ensimismada en la contemplación de una florecilla que le había ofrecido Jimmy un poco antes.

—Perdone usted, pero ¿no es usted la se-

ñorita A. B.? — preguntóle Tut, tratando de hacerle levantar la cara, para convencerse de ello.

Jimmy, riéndose con toda su alma, replicó: — ¿Está usted ciego, Tut? Esta señorita



*¡Si su corazón no la mentía, Jimmy se le estaba declarando ya!*

es lo más distante de A. B. ¡Es X. Y. Z.!

Pero Tut no era tonto, y como A. B. prefirió descubrirse, para él solo, a correr el riesgo de que él la descubriera y se enterara Jimmy de que ella era la propia A. B., se marchó definitivamente, comprendiendo — ¿cómo no? — que el apócrifo Adán, al con-

vertirse en Eva, quería hacer de las suyas con Jimmy.

Digamos, en honor del feo Tut, que fué muy hábil para obligar a A. B. a descubrirsele, pues le preguntó, como si realmente estuviera hablando con ella en el despacho, unas cotizaciones de precios que interesaban sobremanera al señor Bancroff.

Y Jimmy, ajeno a que se estaba enamorando perdidamente de la secretaria que le trataba con tanta severidad, seguía regalándole los oídos con apasionadas frases.

.....

El amor que nace súbitamente es el más difícil de curar — ha dicho el poeta—, y Jimmy le daba la razón: estaba chaladito por A. B., a quien sólo conocía por Alicia.

Al día siguiente continuaron su interrumpida plática, es decir, su idilio, y Jimmy condujo a A. B. a una modesta finca que él heredara de sus padres y para la cual buscaba, sin encontrarlo, comprador, pues no le servía para nada.

El objeto de llevarla allí era enseñarle un aparato de su invención, para... batir huevos. Una tontería, al parecer... de otros, pero algo de gran interés, según el inventor.

A. B. observó el aparato a distancia, no entusiasmándose con la idea para la cual estaba destinado, pero, cerrando los ojos a todo lo que no fuera la felicidad de Jimmy, llegó a creer — ¡ay, amor, cómo nos trastornas! —

que aquello era genialidad, o poco menos, sobre todo al preguntarle quedamente Jimmy:

—¿No cree usted que la felicidad de dos personas podría surgir de este pequeño artefacto?

Ella desvió coquetamente la vista, y Jimmy prosiguió:

—Mi abuelo ha consentido en ver mi invento. Si me lo comprase... tendría yo valor de preguntar a la muchacha más bonita del mundo, si quiere casarse conmigo.

Figúrense ustedes, pues, con lo chaladita que ella estaba también, los deseos que tenía A. B. de que el invento gustara al abuelo y lo comprase, adquiriendo con él la felicidad de dos personas...

\*  
\*\*

El aparato para batir huevos fué transportado a la casa de campo del señor Bancroff, quien, *gracias* a la gota, que lo tenía encerrado en su habitación, y a las tretas de su esposa, la menudita abuela, no había logrado ver todavía a A. B.

Iban a hacerse los ensayos de la famosa máquina, asistiendo a tan importante acto todos los invitados.

Doolitte, el bromista imbécil, quiso estropearle el negocio a Jimmy, para reirse a sus costas y hacer reír a los demás, acreditándose con una nueva broma como el "non plus ultra" de los "pitorreadores"; y a tal fin,

después de haber avisado a los demás invitados, varones, ató un hilo a una palanca que ponía en acción la batidora sujetándola en el eje, para que pudiera girar vertiginosamente sin peligro de que se moviera.

El abuelo entró en la sala de pruebas — un saloncito — acompañado de su esposa, y cojeando, como se supone, ya que tenía una pierna voluminosa de tanto envoltorio como llevaba.

El señor Bancroff dió de pronto un salto, y al tiempo que lanzaba un ¡ay! de dolor, exclamaba:

—¡Diantre! ¿Quién habrá vestido a A. B. como una muchacha?

A. B. se tapó la boca para no expresar con un grito — era mujer — su temor a ser descubierta delante de todos, y la abuelita tapó, a su vez, la boca de su marido, para que no dijese ni una palabra más a propósito de A. B.; y a continuación le hizo una seña para que guardase el incógnito de la muchacha... al menos con Jimmy.

El señor Bancroff, débil con el sexo ídem, calló y sentóse cómodamente en el sofá, junto a la batidora.

La hora era solemne. Iban a dar comienzo los ensayos. Jimmy puso en marcha el aparato, después de haber descascarillado unas tres docenas de huevos, y todo parecía ir a pedir de boca: la batidora funcionaba admirablemente.

Pero, de pronto, Doolitte tiró del hilo y ¡allí

fué Troya!: la batidora se salió del eje y la yema, perdido el equilibrio del recipiente, que continuaba girando, fué a bañar el rostro del abuelo y el de Tut, que estaba a su lado.

Y... señoras y señores... el aparato fué mandado al diablo por el señor Bancroff, cuyo furor no conocía límite.

.....

Jimmy, desesperado, sentóse en la escalera que conducía a los pisos superiores de la casa. Quedó con él A. B., muy afligida por el fracaso, cuya causa nadie había adivinado.

A. B. vió que Jimmy tardaría mucho en reponerse de aquel desengaño, y teniendo tantos deseos como él de que la pidiera por esposa, buscó una solución, y pensó en Tut, el Vicepresidente de la Compañía.

Y, sin vacilar, fué a pedirle un préstamo de veinticinco mil dólares, para invertirlos en la máquina de batir huevos, con la garantía de su firma, que en la Compañía valía millones, pero tratando el asunto muy reservadamente.

Tut creyó que se había vuelto loca, pero ella, sonriendo exquisitamente, repuso:

—Esa máquina, a la que usted llama cacharro de cocina, es sinónimo de dicha. Ese dinero lo pongo en la fe que tengo en un hombre, en Jimmy, a quien le suplico se lo entregue, pero sin decirle que es mío, sino de usted mismo, por la compra de su invento.

Y Tut, dispuesto, sino a casarse — puesto que no le quería—, a hacer cuanto estuviera a su alcance para asegurar para la casa a la señorita A. B., accedió a cuanto ella le pidió.



*Quedó con él A. B., muy afligida por el fracaso.*

Y Jimmy creyó soñar cuando recibió de manos de Tut veinticinco mil dólares en billetes.

\*

\*\*

El señor Bancroff acababa de leer en un periódico la siguiente noticia:

*Un misterioso comprador acapara la "esmeraldita".*

Intrigado, llamó a su secretaria y le dijo:  
—¿Por qué hablan los periódicos con misterio de mi compra de "esmeraldita"?



*—Esa máquina es sinónimo de dicha.*

—Porque yo no necesitaba que nuestros competidores se enterasen de lo que estamos haciendo — contestó A. B.

Entonces, como siempre, no permitiendo que nadie le superase, añadió el Presidente:

—¡Ah! Muy bien. Esa es exactamente mi idea.

Tut acababa de recibir muestras de la dichosa "esmeraldita", y como Doolitte, en busca de desplumar a alguien, se enteró de que un misterioso comprador había acaparado la materia colorante, y se enteró, casualmente,



*—¡Ah! Muy bien. Esa es exactamente mi idea.*

del recibo de las muestras por Tut, dijo éste, trazándose un plan que habría de hacerle ganar muchos dólares:

—A ver esa "esmeraldita"... Tengo curiosidad por examinarla.

Y, sin pedirle permiso, le vació una quinta

parte del frasco que contenía la materia tan estimada,virtiéndola en un sobre.

Y con el periódico que hablaba del misterioso comprador, y la "esmeraldita" quitada a Tut en el sobre, Doolitte fué en busca de tontos que se dejaran engañar por él, que iba a hacerse pasar por "el misterioso acaparador".

Muchos cayeron en la trampa, y uno de ellos fué Jimmy, que acababa de cobrar los veinticinco mil dólares entregados por Tut y pertenecientes a A. B.

Doolitte, desconociendo la verdadera personalidad de A. B., le contó también la misma historia, y, alarmada, puesto que acababa de enterarse de que Jimmy se había dejado engañar, como casi todos los demás huéspedes, ideó, a su vez, un plan; y como Tut le había entregado el frasco con el resto de la muestra de la "esmeraldita", lo vació en un tiesto colocado en una mesita y, hábilmente, consiguió que Doolitte tocara dicha materia en la maceta.

—¿Qué es esto? — preguntó, asombradísimo, Doolitte, al comprobar que la "tierra" del tiesto era exactamente igual a la muestra de "esmeraldita" que le quitara a Tut y que seguía cuidadosamente guardada en el sobre.

—¿Qué le sucede a usted? — dijo A. B., fingiendo no comprender nada.

—¿De dónde han traído este rosal?

—Jimmy lo arrancó del jardín de su finca,

de la que tiempo ha quiere desprenderse, porque no le produce ningún ingreso.

Doolitte vió el cielo abierto, y precipitándose al encuentro de Jimmy, le dijo, interrumpiéndole en su conversación con la abuelita, a la que le estaba diciendo que quería que su abuelo pidiese la mano de Alicia para él.

—Jimmy, creo que tiene una finca en venta — le dijo de buenas a primeras.

—En efecto, Doolitte; y tan pronto encuentre comprador...

Rápidamente, siguiendo su plan, A. B. llamó a Tut y le encargó fuese a pujar, hasta que ella le avisara, la oferta que para la compra de la finca de Jimmy hiciera Doolitte.

Y sucedió que Doolitte, obligado a subir por Tut, que creía, esta vez muy de veras, que A. B. se había vuelto loca, compró la finca de Jimmy por 50.000 dólares, que era la cantidad, un poco aumentada, de lo que había logrado estafar a los huéspedes con el cuento de la "esmeraldita".

Doolitte, dueño de la finca, creía que la "esmeraldita" iba a surgir como manantial inagotable, y, claro, explotándola, podría aparecer como persona honrada, pagando intereses a los capitalistas.

Mientras el bromista, con uno de los capitalistas, iba a examinar los terrenos de la prodigiosa materia colorante — ¡miau! — un pico al hombro y muchas esperanzas, Tut ponía al corriente al señor Bancroff de cuanto

estaba haciendo de unas horas a aquella parte la señorita A. B.

El Presidente, pasmado, corrió — es un decir — al encuentro de A. B., a la que halló con Jimmy, y le gritó:

—Pero, en nombre del cielo, ¿qué es lo que le pasa a usted, A. B.? ¿Se ha vuelto usted loca?

Jimmy no se cayó de espaldas porque Dios no lo quiso. ¿De modo que Alicia era la señorita A. B., la secretaria que le había despedido sin contemplaciones?

En aquel momento dos hombres entraban, por segunda vez, la máquina de batir huevos en la sala donde se efectuaron las primeras y desastrosas pruebas, y el señor Bancroff, encontrando algo en que descargar su furor, rugió:

—¿Qué viene a hacer aquí otra vez esa apisonadora?

A. B., reaccionando, contestó:

—Yo la he comprado. Será la mejor desmenuzadora de “esmeraldita” que puede inventarse.

Tut se atragantó. ¡Caramba con la niña!

Y el señor Bancroff, presuntuoso como siempre, exclamó:

—¡Ah, sí, precisamente ya se me había ocurrido a mí!

La abuelita, sonriendo, se llevó al abuelo; Tut desapareció, más loco que nadie, y, al quedar solos, Jimmy dijo a Alicia, muy, muy severo:

—¿De modo que usted es A. B., la señorita A. B.?

¿Qué iba a suceder allí, señor?

—Bueno, señorita, hay algo que quería decir a usted hace mucho tiempo.

¡Adiós amor! ¡Adiós ilusiones!

—¿Qué tenía usted que decirme, señor?

Jimmy rióse con toda su alma, y, abrazando a la que pronto iba a ser su mujer — gracias a la ingeniosa abuelita —, pronunció triunfalmente:

—¡Que eres genial, maravillosa, divina, única... y que, si quieres, nos casamos mañana mismo!

El aventajaba en rapidez a la batidora...

Y A. B., vencida — con las ganas que ella tenía de serlo —, asintió de esta singular manera:

—¡Vaya, vaya, vaya!

Y aquí termina el sainete, digo, no... ¿Sabéis qué estaba haciendo Doolitte, el gran bromista?

Pues se desesperaba cavando en el jardín de la finca de Jimmy, en el que no había, por supuesto, ni un gramo de la manoseada “esmeraldita”.

“Quien roba a un ladrón ha cien años de perdón.”

*Et voilà.*

FIN

**Próximo número:**

La emocionante novela

**El Capitán Pedro Martel**

interpretada por Madge Bellamy.

Postal-fotografía-regalo:

LOUISE BROOKS

**Precio: 25 cts.**

Mañana en *Los Grandes Films*  
la gran producción nacional

**La chica del arroyo**

por COLLEEN MOORE

Mañana, en Biblioteca *Nuestro Corazón*,

**El hombre que no servía**

**para nada**, por Jorge Clary

Seudónimo de acreditada firma nacional.

**EL SEPTIMO CIELO y BEAU GESTE**

de EDICIONES ESPECIALES, han obtenido un éxito formidable.—En breve, otro acontecimiento:

**Los vencedores del fuego**

por Charles Ray y May Mac Avoy